

toma fuerzas para desempeñar el oficio de hombre "en el que nunca se podrá descollar mucho".

La obra de Antonio Gómez Robledo es una valiosísima aportación para el entendimiento de ciertas y muy sutiles matizaciones filosóficas. Escrita con rigor, su cobertura literaria es de suma pureza.—V. M.



"LOS COSTUMBRISTAS CHILENOS", de *Manuel Rojas*

Sin duda alguna que *Los costumbristas chilenos*, publicado por la "Biblioteca Cultura" de la Editorial Zig-Zag, es un libro de gran utilidad para los estudiosos y para todas aquellas personas que se interesan por un género que ha tenido escasos cultivadores meritorios en nuestro país.

*Los costumbristas chilenos* está precedido de un extenso y documentado estudio sobre el costumbrismo, su lenguaje y sus cultivadores, por el laureado escritor Manuel Rojas. De gran utilidad para una cabal comprensión de los trozos seleccionados por Rojas, es el vocabulario de chilenismos, vocablos y locuciones y extranjerismos usados por los costumbristas, que dan a sus obras un sabor especial, que los ubica en su atmósfera y en su época con gráfica exactitud.

El artículo de costumbres, que alcanzó gran popularidad y difusión en la segunda mitad del siglo XIX, tiene ahora escasísimos cultivadores en nuestro país, posiblemente porque nuestras costumbres tradicionales y nuestros tipos humanos más representativos, ya fueron tratados, fijados y analizados por esa interesante pléyade de costumbristas que han servido a Manuel Rojas para realizar su magnífica antología.

Los trabajos de cada autor están precedidos de su biografía y de un interesante y erudito estudio sobre la obra, su importancia, ubicación y trascendencia en nuestra literatura, del escritor antologado. Comienza la galería de grandes costumbristas con el iniciador

de este género en Chile, José Joaquín Vallejo (Jotabeche), discípulo de Mariano J. de Larra, cuya obra alcanzó gran difusión y notoriedad en nuestro país, a raíz del movimiento literario de 1842.

Le siguen nombres tan representativos como Domingo Faustino Sarmiento, Pedro Ruiz Aldea, Ramón Vial, Daniel Barros Grez, Arturo Givovich, Daniel Riquelme, Manuel J. Ortiz y Joaquín Díaz Garcés. Cada uno de ellos está representado en esta antología con uno o dos artículos de costumbres, seleccionados con mucho acierto y evidente conocimiento del género, por Manuel Rojas, a quien le cabe el mérito, junto con la Editorial Zig-Zag, de haber sido el autor y la editora de la primera antología de escritores costumbristas publicada en Chile.

De acuerdo con la definición del género costumbrista hecha por Mesonero Romanos, de que "es una pintura filosófica o festiva y satírica de las costumbres populares", citada por Manuel Rojas en su *Esquema del costumbrismo*, la mayoría de los artículos seleccionados son amenos, cómicos o regocijantes, con excepción de *El angelito*, de Pedro Ruiz Aldea, en el que se hace una descarnada y aguda crítica a una inhumana y bárbara costumbre de nuestro pueblo, hoy desaparecida, de velar a las criaturas de pocos meses durante varios días, en medio de repugnantes orgías y borracheras, y de *La ollita*, de Daniel Riquelme, en el que describe, en un lenguaje sobrio y objetivo, no exento de emoción, la abnegada y hermosa fidelidad de las mujeres de nuestro pueblo, que no abandonan a sus maridos o amantes presos, llevándoles hasta la cárcel la cotidiana ollita de comida.

El género costumbrista es de una amenidad innegable y provechosa. Leyendo este libro, nos sumergimos en un pasado pintoresco, en el que los carritos urbanos tirados por escuálidos jamelgos, la venta de zapatos en los mercados al aire libre, las peripecias de un viaje de Santiago a Valparaíso, el bullicio de las chinganas populares, nos parecen cosas remotas y que sin embargo están próximas en el tiempo.

Era aquella una época de caminos intransitables, de locomoción

detestable, de costumbres un poco primitivas, como los velorios de los "angelitos" o los funerales de un deudo, que servían de pretexto para los peores excesos, de reuniones familiares íntimas y bulliciosas, que fueron atentamente observadas y vividas por los escritores costumbristas para dejarnos un magnífico documento y material informativo de una época del Chile del siglo pasado.

*El valdiviano*, de Arturo Givovich, es un magnífico estudio y un elocuente muestrario de las costumbres y tipos del Valparaíso de esa época. Leyéndolo, podemos formarnos una idea mental y gráfica del progreso alcanzado por nuestro principal puerto. El escenario es el seno de una familia modesta y, en el fondo, Givovich hace una razonable defensa de algunas pintorescas y sabrosas costumbres nacionales, amenazadas de desaparecer por lo que el autor llama intrusión de danzas y hábitos extranjeros.

Manuel Rojas ha realizado una labor meritoria y digna de aplauso al reunir en un volumen a un puñado de "grandes costumbristas", lo que permite entender que existen también "pequeños costumbristas". ¿Quiénes son ellos? ¿Son dignos de ser tomados en consideración en un estudio completo de los costumbristas nacionales?

Entre los cultivadores contemporáneos de un género casi desaparecido, podemos citar al celebrado autor de *Chépica, aldea de nombres propios* (1941), Raúl González Labbé. Algunos de sus cuentos, que con ligerísimas modificaciones pueden ser considerados artículos, son certeras estampas costumbristas. Bastaría citar algunos títulos: "Definición de Chépica", "Reinoso", "Las misiones", "La vieja Elisa", "El doctor Barrios" y "La Quinagüina", para darnos cuenta que Raúl González Labbé merece figurar como un destacado cultivador del género costumbrista, aunque su obra haya sido escasamente divulgada por razones que no hacen desmerecer su valioso aporte a nuestra literatura.

*Los costumbristas chilenos* está llamado a tener amplia y justificada aceptación en todos los sectores, especialmente en aquellos que huyen de lecturas frívolas o superficiales. En esta obra encontrarán un rico y permanente material de costumbres, usos y personajes del

siglo XIX, descritos por escritores que agudizaron su mirada y su talento para enriquecer nuestra literatura y legarnos una visión fragmentaria pero valiosa del pasado.—G. D.

■

“MARÍA NADIE”, de *Marta Brunet*. Editorial Zig-Zag, 1957

Pocas mujeres en Chile han abordado la novela con la reciedumbre, la crudeza y el poderoso aliento humano con que lo ha hecho Marta Brunet, la celebrada autora de *Montaña adentro*, *La mampara*, *Raíz de sueño* y otras obras, evidenciando espíritu de observación y predilección por escenas y tipos populares, cuya psicología ha penetrado con agudeza de auténtica escritora.

*María Nadie*, aparecida a fines de 1957, es una novela llamada a tener profunda y merecida resonancia en nuestras letras, por la acertada pintura de sus personajes que se mueven con sus pasiones, sus vicios, ambiciones y ocultas esperanzas en un escenario descrito con lenguaje sobrio y robusto, casi carente de sonoras metáforas o imágenes, en el estilo fluido que caracteriza a esta gran prosista chilena.

Un ejemplo evidente de su estilo claro y conciso, es la descripción hecha con certeras y sobrias pinceladas del nacimiento de un pueblo en el sur del país: “Había urgencias vitales: nació el pequeño comercio. Había chiquillos: se levantó una escuela. Había una peonada flotante: apareció a la vera de la estación un puesto de empanadas”.

Nada más, pero es suficiente para que el lector quede satisfecho. No podría exigirse mayor laconismo descriptivo y fuerza plástica. Así nació Colloco, centro maderero, como otros pueblos del sur, donde llega María López, la protagonista, cuando la necesidad hace indispensable la creación de una Compañía de Teléfonos.

En ese pequeño mundo, primitivo, limitado, lejos de la civilización, viven personajes inolvidables: la Petaca, trabajadora, tesonera, abnegada e irritable como toda persona que desconoce el reposo; don Lindor, el marido, abúlico, alcohólico, sometido a la voluntad de su